

El Año mil*

Georges Duby¹

...Cuando hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será tan numeroso como las arenas del mar...
Apocalipsis, cap. 20, vers. 7, 8

Con la publicación de *L'An mil* en 1967, Georges Duby se propuso dos objetivos. El primero y central, comentar algunos textos escritos alrededor del año mil; el segundo, dar a conocer éstos, traduciéndo los del latín al francés.² El estudio y análisis de estos escritos lo llevaron a explorar los vínculos existentes entre los ámbitos de lo social y lo cultural, así como entre lo real y lo imaginario. Duby, orientó su trabajo a la historia de las mentalidades, enfocando su análisis sobre el pasado a través de las actitudes psicológicas.

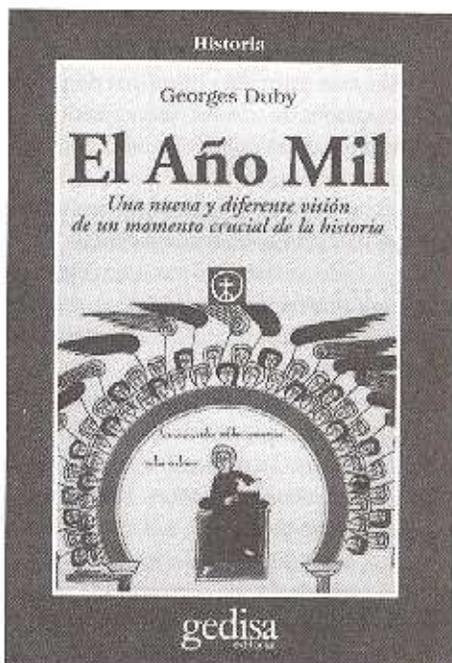
El autor seleccionó y extractó de un cuantioso acervo medieval: el poema dedicado a Roberto el Piadoso, rey de Francia, escrito al final de su vida, hacia 1030, por el obispo de

* Georges Duby, *El Año Mil*, trad. Irene Agoff, Barcelona, Gedisa, 1996, 160 pp.

¹ Georges Duby (1919-1996), estudió historia y geografía en Lyon. Comenzó su carrera docente enseñando en esa localidad, donde escribió su tesis sobre *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise* (1953).

En 1973 recibió el Premio Fondation de France, y en 1985 el Premio Gutenberg al mejor estudio histórico, por su *Histoire de la vie privée* (1985-1987) de la que fue coeditor. *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 98* © 1993-1997 Microsoft Corporation.

² Incluso sugiere que tales textos pueden ser objeto de estudio desde otras disciplinas.



Laón Adalherón; las cartas de Geriberto, Papa en el año mil, que escribió y editó soñando con Plinio y Ciceron; las biografías de personajes sagrados, reyes, santos o abates, que se inspiran en la literatura panegírica antigua, en especial el *Epitoma vitae regis Roberti pii*; por último, *Las crónicas* de Ademar de Chabannes y los libros de historia de Raoul Glaber.

Las características de estos documentos, señala el autor, es lo excepcional, lo insólito, lo que rompe el orden regular de las cosas. Su análisis lleva a discernir una sociedad extremadamente jerarquizada de reyes, príncipes, tropas de esclavos, un pueblo campesino trágicamente carenciado, sometido por entero al poder de unas cuantas familias abiertas en ramales más o menos ilustres, pero sólidamente reunidas en torno de un tronco único por la fuerza de los lazos de parentesco.

El aspecto político de los textos es bastante más claro, fueron escritos en alabanza de los príncipes a quienes Dios había encomendado conducir al pueblo y cuyas acciones parecían entonces inaugurar el curso de la historia. Otro aspecto importante es el testimonio de un círculo social muy restringido, el de los conventos y monasterios donde se encontraban los intelectuales —¿no son los monjes de una mentalidad cerrada por definición?— Al elegir la vida monástica, el individuo decidió romper con el mundo carnal, y vivir en la estrecha concentración comunitaria, entre privaciones y penitencia (pp. 22-24).

Para realizar el estudio convino en una delimitación cronológica —un periodo de 60 años— que va del año 980 al 1040 d.n.e. Veinte años antes y cuarenta después de cumplirse el milenio cristiano. La Europa de entonces, señala Duby, salía de una profunda depresión. Los primeros y tímidos impulsos de progreso de la época carolingia fueron frenados, por las incursiones de bandas de saqueadores llegados de todas partes, provocando un retorno al salvajismo, dañando particularmente los edificios que los emperadores del siglo x habían construido (p. 11).

Georges Duby estructura su trabajo en ocho capítulos, una cronología en dos columnas que rescatan los hechos políticos y culturales, y un apartado inicial titulado “Los testigos”, donde muestra un panorama general de quiénes y cómo escribieron en torno al año mil, y las aportaciones que los documentos ofrecen para la “reconstrucción” de ese periodo histórico, considerando la formación de quienes los escribieron, es decir, analizando sus hábitos mentales.

En el capítulo primero, titulado “El sentido de la historia”, el autor plantea, entre otras cuestiones, el sentido que tiene la Historia para el cristianismo. Hay textos, apunta, como los de *Las Sagradas Escrituras*, que permiten calcular las fechas, como la Creación, y la Encarnación, entre otras. Pero las grandes interrogantes de aquella época eran: ¿De qué milenio se trata? ¿del milenio del nacimiento, o del de la muerte de Jesús? ¿del de la Encarnación o del de la Redención? (p. 30). Interrogantes que Duby despeja a lo largo del estudio a través de sus comentarios sobre los textos.

“Los mecanismos mentales”, capítulo segundo, está dividido en tres pequeños apartados: Los estudios; La enseñanza de Geriberto en Reims, y La instrucción de los monjes. Estos tienen como tema central a Geriberto, considerado el hombre más sabio de su tiempo, quien en el año mil ocupó el papado bajo el nombre de Silvestre II.

Las actitudes mentales que revelan los escritos sobre la formación monástica son:

El peligro de leer a los poetas; tales lecturas eran consideradas como profanas ya que podían inducir al monje a enseñar cosas contrarias a la santa fe. La meditación; que gira en torno a un ser superior, creador de la especie humana, la cual se encuentra por encima de los animales y por debajo de los espíritus celestes, misma que instruye y permite elevarse por medio de prodigios. El deseo de Dios; actitud de conocer y acercarse al Creador, traducida en un afán de alejarse de las cosas terrenas. El estudio de las *Sagradas Escrituras*, como un medio de conocimiento y perfección del individuo, para alcanzar su último fin: la salvación, pero esa perfección la encuentra el monje en el amor y la práctica de las virtudes, que lo prepararan para penetrar en el Reino de Dios (pp. 43, 44).

En el siguiente capítulo, el tercero, intitulado "Lo visible y lo invisible". Duby encuentra que la materia y los métodos de enseñanza imprimen hondamente, en el espíritu de los eruditos del año mil, la convicción de una cohesión y una armonía esenciales entre la parte del universo que el hombre puede captar por los sentidos y aquella que escapa a estos. Así la enseñanza del *quadrivium* (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música), inducen a discernir los vínculos ocultos y a captar la ordenación del cosmos, conduciéndolos a hacerse de Dios una imagen menos infiel (p. 51). Asimismo, los eruditos del año mil tuvieron como hábito la lectura de autores como San Agustín, Denys el Areopagita y Gregorio el Grande. De ellos asumen la división de la sociedad en tres órdenes: los que oran, los que combaten y los que trabajan, orden que responde armoniosamente al que rige la sociedad espiritual. Por ello deducían que no era posible que entre las dos ciudades, la terrestre y la divina, hubiese alguna discordancia (pp. 53-57). Lo político y lo social se conciben como proyecciones de un orden dado y es a los eclesiásticos a quienes corresponde la misión fundamental de establecer los nexos entre el mundo de los reyes, caballeros, campesinos y los ángeles.

En un apartado de este mismo capítulo, titulado "Presencia de los difuntos", el autor señala que, precisamente en el año mil, la Iglesia de Occidente acepta las antiquísimas creencias sobre la presencia de los muertos, en su supervivencia, invisible, pero que no difiere mucho de la existencia carnal. A las señales de los difuntos ha de estar atento a escucharlas; ellos habitan un espacio impreciso entre la tierra y la ciudad divina. Ahí esperan de sus amigos y parientes, ayuda, algún servicio, oraciones, gestos litúrgicos capaces de aliviar sus penas. En el relato de Raoul Glaber se los ve aparecer en repetidas ocasiones y apunta que, quienes perciben tales mensajes son prontamente atrapados por la muerte (p. 58). También, los objetos y personas sagradas son medios que unen al individuo con las vías de lo invisible. Por medio del santo óleo, el rey queda consagrado, y su persona impregnada con la gloria y la fuerza divina, y al entrar en contacto con él obra prodigios, milagros, incluso la enfermedad desaparece.

Aún más que la aparición de los muertos y los poderes sobrenaturales del rey, hay otros objetos que penetran en el mundo cotidiano de la vida terrenal y operan en el encuentro entre la fe cristiana y las creencias profundas del pueblo. Son aquéllos que estuvieron en íntimo contacto con los hombres que llevaron una vida ejemplar: los santos. De ellos se toma el cuerpo, las ropas, su tumba, su osamenta, mismos que en esa época sirvieron para establecer un orden social. Sobre los relicarios se llevaron a cabo juramentos de fidelidad.

En esa época la fe del pueblo se alimenta con maravillas. La necesidad del prodigio, del contacto físico con las fuerzas sobrenaturales, empuja a las multitudes a los santuarios favorecidos por la frecuencia de los milagros. Tales actitudes impulsaron e intensificaron el comercio de reliquias y otras muchas supercherías, con las que no todos los hombres de la época se dejaban engañar. Pero no faltó charlatán que, desenterrando los restos de los muertos, los colocara en pequeñas cajas o baulles y los vendiera como reliquias de los santos; como tampoco faltó quien las comprara y esperara día y noche la verificación de un milagro (pp. 64-67).

En el capítulo cuarto, "Los prodigios del milenario": Duby reúne, tanto las manifestaciones de orden natural, como los sucesos sociales a los que sus testigos atribuyen un significado. Quienes utilizaron los textos de los historiadores antiguos, consideraron como algo normal que a la muerte de un rey, un héroe, o un santo se produjeran fenómenos naturales extraordinarios. Así, pareció ordinario que en memoria de Cristo, al acercarse el tiempo del milenario, el orden del mundo se mostrara perturbado por trastornos diversos pero vinculados entre sí (p. 77). Entre los fenómenos naturales que se presentaron aluden: la aparición de un cometa en 1014; un eclipse solar al cumplirse el milenario de la Pasión, en junio de 1033; y en 1023, un fenómeno celeste que calificaron como combate de estrellas. A este "prodigio" sucedieron una serie de muertes de altos dignatarios civiles y eclesiásticos: que se creyeron presagiadas en los astros, como "el signo de la grande y de la pequeña estrella" (pp. 79, 80).

A más de las manifestaciones naturales, se presentaron los trastornos biológicos, la "aparición" de monstruos que anunciaban discordias y luchas entre los pueblos. También hubo epidemias y hambres. En ocasiones, todo ello fue atribuido a un castigo del Señor, por el incumplimiento de un tratado, una promesa o un juramento. A los males naturales que aquejaba la humanidad, se añadió, por boca de Roaul Glaber, uno mayor que trastornaba el ámbito espiritual, la Iglesia. Ésta se había volcado en una actitud de amor y ambición por las riquezas, "ese es el mayor mal que sufrirá entonces la humanidad, la simonía"¹ (p. 84). Así, en Francia, donde la descomposición era más profunda que en otras partes, refiere el autor, el progresivo debilitamiento de la autoridad real dejaba poco a poco, en manos de los señores privados, el patronato de los santuarios y la elección de los más altos dignatarios de la Iglesia.

En justo castigo, los prelados se vieron maltratados por aquéllos de quienes debían recibir obediencia, experimentaron la insubmisión de los que, siguiendo su ejemplo, se apartaron de los caminos de la justicia. Y no nos asombremos si, en medio de estas angustias, sus gritos no fueron oídos: ellos mismos, por los excesos de su codicia, se habían cerrado las puertas de la misericordia (p. 83).

Incluso, los falsos profetas también fueron signos anunciadores del fin de los tiempos; ¿no predecía La Escritura la llegada de éstos? En esa época diez canónigos de Santa

¹ Compra o venta de bienes espirituales administrados por la Iglesia cristiana.

Cruz de Orleans, que parecían más piadosos que otros, se plegaron al maniqueísmo.⁴ El último signo de aquel desorden –última advertencia y no la menor– fue la destrucción del Santo Sepulcro. Hacia la primera década después del año mil, dos narraciones citan este acontecimiento. El relato de Ademar de Chabannes difiere poco del de Raoul Glaber; aquél, sin embargo, establece una correlación inversa entre el *pogromo*⁵ y la decisión del califa. Chabannes tuvo una premonición en un prodigio cósmico, esa cruz que se le apareció en pleno cielo una noche, presagiaba la destrucción del sepulcro del Señor en Jerusalén (p. 91).

Los capítulos restantes titulados: “Interpretación”; “La purificación”; “Nueva Alianza” y “El Auge”, relatan las actitudes de los reyes y gobernados ante la interpretación de todos aquellos signos que no dejaron de atemorizar al hombre, por un lado, y de llevarlo a buscar una nueva vida de preparación para la segunda venida de Jesucristo, por otro. Quienes estaban en posibilidades de interpretar y adivinar el significado de los signos y prodigios eran los hombres de la Iglesia. Preparados para ello, analizaban y aceptaban que en el reino de lo invisible dos ejércitos se enfrentan, el del Bien y el del Mal, según las palabras de La Escritura; no podían dudar que los poderes satánicos se habían desencadenado. De esa suerte “el milenario es considerado ante todo, la derrota del ejército divino y el retorno al caos...” (p. 95) Empero, en todos aquellos acontecimientos se aceptaba la mano de Dios, no obstante que el Mal existiera y actuara libremente, pues Dios era el amo de todo. Y aunque el Mal se percibía como un castigo, también era visto como una advertencia generosa de El Amo, que buscaba prevenir a sus criaturas antes de que se abatieran sobre ellas los más terribles de sus golpes. La lección que dejaba el curso reciente de la historia instaba al sacrificio y la penitencia. Los monjes principalmente sintieron el deber de arrastrar consigo a todo el pueblo. Las medidas fueron drásticas. Se extendió la devoción al Crucifijo y a la festividad de Semana Santa, incluso se llegó a la persecución del pueblo judío por ésta; la cristiandad cree librarse de un fermento de corrupción, igualmente se difunde el uso de la excomunión, las hogueras y el interdicto con el mismo fin (p. 106).

Limosna, mortificación, peregrinación, salmodia y vida monástica fueron los recursos al alcance de la gente para lograr la salvación. Se trataba de que todos observaran, cualquiera que fuese el orden de la sociedad a que pertenecieran, reglas de vida que hasta entonces sólo eran seguidas en los claustros, por los monjes. Privarse todos juntos, renunciar a los placeres de comer carne, de fornicar, de manejar oro, de combatir; éste era el medio que tenía el pueblo de Dios para conjurar la venganza divina y prepararse para el día de ira (p. 117).

En el año de 1033, cumplido el milenario de la Pasión, la cristiandad salía como de un nuevo bautismo.

⁴ La doctrina fundamental del maniqueísmo se basa en una división dualista del universo, en la lucha entre el bien y el mal; el ámbito de la luz (espíritu) está gobernado por Dios, y el de la oscuridad (problemas) por Satán. Los maniqueos estaban divididos en dos clases, de acuerdo a su grado de perfección espiritual. Con el tiempo, se conseguirían rescatar todos los fragmentos de la luz divina y el mundo se destruiría; después de eso, la luz y la oscuridad volverían a estar separadas para siempre. *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 98 © 1993-1997 Microsoft Corporation.*

⁵ Pogrom, palabra rusa, que el autor utiliza refiriéndola a la expulsión de los judíos de las ciudades cristianas.

El cielo comenzó a reír, a iluminarse, y se animó con vientos favorables. Con su serenidad y su paz mostraba la magnanimidad del Creador. Toda la superficie de la tierra se cubrió de un verdor y de una abundancia de frutos que expulsó por completo a la escasez (...) Innumerables enfermos recobraron la salud (...) Veían la señal del pacto definitivo, de la promesa contraída entre ellos y Dios... (p. 127).

Duby concluye su estudio reflexionando sobre algunos textos que documentan cómo la expansión del cristianismo, los misioneros y la Guerra Santa, fueron acciones que llevó a cabo la Iglesia buscando la preparación de sus seguidores para la Parusia. En síntesis, señala Duby, lo que significó el año mil de la Encarnación y la Redención, fue el anuncio de un giro capital: el paso de una religión ritual y litúrgica —la de Carlomagno y aun la de Cluny—, a una nueva religión de acción, que se encarna la de los peregrinos de Roma, de Santiago y del Santo Sepulcro, y pronto la de los cruzados. En el seno de los terrores y de las fantasías, una primigenia percepción de lo que es la dignidad del hombre (p. 154).

* * *

El texto del historiador francés revela, sin duda, un doble mérito. Por una parte, los documentos de esa época fueron escritos en latín, mismos que Duby traduce al francés, no sin señalar que al hacerlo empobrece su mensaje (p. 24); por otra, la deducción de las actitudes mentales de una reducida élite que se extendió a las capas sociales restantes, a partir de la misión que los hombres de la Iglesia cristiana se imponen. Además, el autor cumple fielmente su cometido. Nos presenta literalmente los textos y de ellos desprende sus comentarios y juicios, mas no encontramos las analogías con el presente; pareciera que para el autor son evidentes cuando señala que en la conciencia colectiva de nuestra sociedad los esquemas milenaristas no han perdido su poder de seducción, (p. 11) entonces, es al lector a quien corresponde dilucidar al respecto. A Duby le asiste la razón, la imagen inminente del fin del mundo se encuentra presente en la conciencia colectiva, manifestándose hoy de muy diversas maneras. Los textos que conforman este volumen corroboran la sentencia del autor.

Reseña de **Ma. Teresa Ruiz**